

# En la muerte de Dámaso Alonso

**María Luisa Santos**

En los postreros días de enero ha fallecido en Madrid, con más de noventa años de edad, uno de los últimos representantes de la generación del 27: Dámaso Alonso, que había sido catedrático de Filología Románica de la Universidad Central, director de la Real Academia de la Lengua (1968-1982), académico de la Historia, doctor honoris causa por varias Universidades extranjeras y uno de los más preclaros poetas españoles del siglo XX.

Madrileño de nacimiento (22-10-1898), fue un matemático fracasado que se pasó a las letras, licenciándose en Letras y Derecho por la Universidad Central en 1919. Entre 1922 y 1925 fue lector de español en Berlín y Cambridge, siendo posteriormente profesor en Cambridge, en la Columbia University, en la Universidad de Valencia, en Leipzig y, desde 1939, en la Universidad Central. Su entronque con la generación del 27 tiene, en el caso de Dámaso Alonso, una característica peculiar: precisamente en 1927, año del tercer centenario gongorino que, por ello, dio nombre a toda la generación, Dámaso Alonso fue galardonado con el Premio Nacional de Literatura.

Amigo íntimo de Vicente Aleixandre, compartió muchos años de inquietudes literarias con Pedro Salinas, Luis Cernuda, Emilio Prados, Gerardo Diego, Jorge Guillén y Rafael Alberti, único de los poetas de la generación del 27 que aún vive.

Su obra poética comenzó con «Poemas puros. Poemillas de la ciudad» (1921) y siguió con «Oscura noticia» e «Hijos de la ira» (1944), «Hombre y Dios» (1955), «Gozos de la vista» (1981) y «Duda y amor sobre el Ser Supremo» (1985). Su obra en prosa arranca de la traducción (1926) de «Retrato del artista adolescente», de James Joyce, y continúa con ediciones críticas de las «Soledades» de Góngora, de obras de Erasmo y estudios sobre San Juan de la Cruz, Menéndez Pelayo, el Siglo de Oro, Lope de Vega y numerosos ensayos y artículos sobre poesía española. En 1978 obtiene el Premio Cervantes y desde 1973, en la editorial Gredos, ha estado publicando sus «Obras completas» que, salvo papeles sueltos, han quedado prácticamente terminadas a su muerte.